

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 155

25 cts

5 FEBRERO
1928



- YO ME HE PASADO LA MITAD DE MI VIDA CON LAS CARTAS EN LA MANO.
- ¿ES POSIBLE CAPITÁN?
- SÍ, HE SIDO VEINTE AÑOS CARTERO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



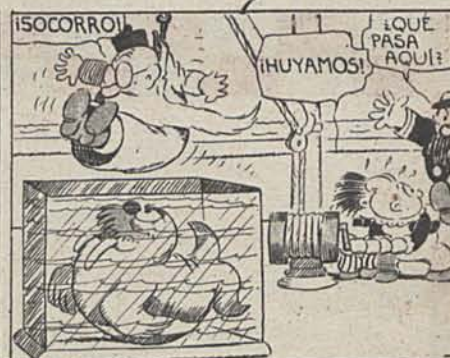
La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



¡HURRA! ES LA Morsa Monstruo, Comedora de Hombrés! ¡PONEDLA EN EL TANQUE GRANDE!



¡SI, SI! EL BIGOTE A LO GRANADERO Y LA NARIZ EN FORMA DE BERENGENA PRUEBAN QUE ES LO QUE YO DIGO!



¡SOCORRO!

¡HUYAMOS! ¿QUE PASA AQUI?



¡AAY!

¡OYE "PATA DE PALO" PILLA A ESOS DOS HURACANES!



¡QUE ME COME! ¡QUE ME COME!!!

¡YA ESTÁ USTED SALVADO, PROFESOR! ¡AQUI LOS TRAIGO, CAPITAN!



¿POR QUÉ NO SE LOS DA A LA Morsa PARA MERENDAR?

¡HURACANES! ¡MALVADOS! ¿NO PODEIS DEJAR EN PAZ AL ANIMALITO? ¡A VER SI VOY A PODER DORMIR LA SIESTA EN PAZ!



¿LE IMPORTARÍA A ESA MORSA ZAMPARSE UN CAPITAN, CON BARBAY TO DO?

POR SI ACASO LE ECHARAMOS UN POCO DE SAL Y PIMIENTA EN LA CARA, ASI RESULTARA MAS SABOROSO.



¡PLUM!



¡LARGO DE AQUÍ! COMO SIGAIS HACIENDO RUIDO, OS VOY A DAR OTRA AZOTAINA!



¿QUE QUIERE USTED?

G-R-R-R-IRUF!



IR...R...RASI



¿POR QUÉ NO DEJARIA EL? LO PEOR DE TODO ES QUE PROFESOR A ESE MONSTRUO ECHAN LA CULPA A TRUO EN EL MAR! ASI ES NOSOTROS! LO UNICO QUE COMO EMPIEZAN SIEMPRE NOSOTROS! HEMOS HECHO HA SIDO DEPRE TODOS NUESTROS! MOSTRARLES QUE NO DE DISGUSTOS! PARECE (DIAN HABER ADMITIDO EL MONSTRUO QUE SE COMPLACEN EN TRUO A BORDO, QUE HACEN BUSCARNOS LOS... MAL EN BUSCARSE MONTATE QUIETECITO Y... LESTIAS! AY HERMANO, NO BUSQUES EL PELIGRO, PORQUE LO ENCONTRARAS. QUE MUNDO MAS INGRATO!

EL ESCOLAVO DE SOMALIA

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión)

—Sí, son somalis —contestó el contraamaestre Pappione—. Los conozco por sus facciones regulares y sus cabellos, que no son crespos como los de los demás negros. ¿Les conoces?

—No —contestó el morito.

—Tratemos de trabar amistad con ellos, si no volverán con otros y nos matarán sin remedio. También conozco yo un poco de su lengua, por haber ido varias veces a Merka y a Brava.

—Démosles botellas a cambio de víveres —sugirió el morito.

—Esto es lo que pensaba —contestó el contraamaestre—. Ya que la *Crema de chocolate* de mi paisano Vacconi no tiene igual, servirá también para que no nos muramos de hambre.

Avanzó hacia los somalis llevando en la mano las dos botellas, y les hizo un pequeño discurso que se reasumía en una sola frase: «Traednos comida y os daré de beber.»

Los negros le escucharon en silencio, sorprendidos quizá de que el blanco hablase su lengua, y en seguida alargaron la mano hacia las dos botellas.

El contraamaestre, que quería mostrarse generoso y deseaba ganar su amistad, se las ofreció de buen grado, esperando que a cambio conseguiría algunos dátiles y tortas de un cereal que los somalis cultivan.

Los negros olfatearon el contenido de las botellas, haciendo gestos de mono, y en seguida se pusieron a probar el licor, mostrando su satisfacción con estallidos de risa. Sin embargo, de pronto se dejaron deslizar sobre la playa y echaron a correr por la arena, dejando al contraamaestre y al negrito con un palmo de narices.

—¡Alto, bribones! —les gritó el contraamaestre que no quería que se burlasen de él.

Eran palabras lanzadas al viento. Los cuatro negros, que corrían como liebres, habían desaparecido por entre las dunas con las botellas.

—Negros malos —dijo Sadi—. No ser amigos de los italianos.

—¡Ojalá les sirviesen de veneno! —gritó Pappione furioso.

—No te enfades, tenemos aún muchas botellas en la caja.

—¡Malditos ladrones! ¡No me gusta que se burlen de mí —gritó el contraamaestre—. Confío en que no serán negros de tu tribu.

—Hablar misma lengua —contestó Sadi.

—Dejemos a esos bribones y pensemos en comer. ¿Será posible que no encontremos ni siquiera un bizcocho? Espera, morito mío.

El contraamaestre corrió a proa, a la cámara de la tripulación, y registró los cajones de los camarotes. Poco después aparecía llevando con aire triunfante unas cuantas galletas que había encontrado en el camarote del timonel.

Las repartió con el negrito, y sentados en la escotilla, las desmenuzaron, mojándolas en la *Crema de chocolate* o en el *Falliano*.

Ahora —dijo el contraamaestre cuando hubo terminado— pensemos en construir la balsa. No me fio de

tus compatriotas, que podrían volver en gran número en busca de nuestros pellejos. Tú eres un buen muchacho; pero los otros... No me parece que son muy amigos de los italianos.

El morito sonrióse, encontrando el razonamiento más que lógico.

—Coge un hacha y sígueme —dijo el contraamaestre, a quien la *Crema de chocolate* y el *Falliano* había puesto de buen humor.

Había abundancia de madera sin necesidad de demoler la nave. Con los palos y vergas había más que suficiente para construir un flotante, y la tela para fabricar una vela no faltaba.

El contraamaestre y el morito, manejando hábilmente las hachas, habían cortado ya el palo de trinquete, cuando oyeron a lo lejos un rumor precipitado.

—¡Los negros! —había gritado el negrito asustado.

—Corre al camarote del capitán y tráeme un fusil, debe haber unos cuantos —dijo el contraamaestre.

A través de la landa arenosa avanzaba un grupo numeroso de hombres, precedidos de unos músicos, que golpeaban con una maza de madera una especie de tambores, hechos de troncos de árbol vaciados.

—En medio del grupo, en un palanquín, construido de caña y llevado por cuatro robustos negros, veíase un hombre de elevada estatura, de color bronceado y envuelto en un manto de lana blanca.

—Debe de ser algún cabecilla o pequeño sultán —dijo Pappione inquieto—. ¿Querrán hacernos prisioneros?

—Son muchos, más de cincuenta —dijo el negrito—. ¿Cómo resistirles si quieren prendernos? ¡Ah negros malos, haremos lo que podamos!

No parecía que los negros trajesen malas intenciones. Antes al contrario, avanzaban cantando, en torno del palanquín, con demostraciones de alegría.

Al llegar a la playa, el sultán bajó al suelo, avanzó





hacia la nave, y dirigiéndose al contra-
maestre, le dijo:

—¿Eres tú el dueño del mágico li-
cor que has regalado a mi gente? Yo
lo he probado y jamás he bebido nada más delicioso.
Si puedes proporcionarme más botellas, te daré todo
lo que quieras y prometo ayudarte para que puedas re-
gresar a tu patria para mandarme una caja de ellas.

El contra maestre Pappione estaba a punto de con-
testarle, cuando vio al morito que se lanzaba hacia la
playa, se abría impetuosamente paso por entre los
asombrados somalis y se precipitaba en los brazos de
un hombre que sostenía una sombrilla de seda roja
para que el sol no molestara al sultán.

—¡Ubalí! ¡Ubalí! —gritaba riendo y llorando a un
tiempo.

El negro había arrojado la sombrilla, abrazando al
muchacho y manifestando una alegría indiscutible.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el contra maestre—.
Parece que mi morito ha encontrado
a uno de los suyos. En tal caso todo
irá perfectamente.

Sadí volvía, corriendo hacia la go-
leta, seguido del negro gritando:

—¡Pariente! ¡Pariente!... ¡No temer
más, italiano! ¡Amigos! ¡Todos amigos!

—Si somos amigos, démosles de
beber —dijo el contra maestre.

Bajó rápidamente a la bodega, lle-
nó de botellas una cesta y se dirigió
hacia el sultán, diciendo:

—Todas son para ti y para tus gue-
reros. Bebe libremente que hay mu-
chas otras.

Gritos de alegría saludaron aquella
inesperada distribución. El sultán ha-
bía echado el arma al suelo, siendo
imitado en seguida por su gente.

Mientras los somalis quitaban los
cuellos de las botellas con un golpe de
cuchillo, vaciándolas ávidamente, el marinero había
marchado junto a Sadí, que daba vueltas en torno al
negro como si hubiese enloquecido de repente.

—Pero oye, morito mío, ¿qué has encontrado?

—¡Tío! ¡Tío! Todos muertos en mi aldea. Todo que-
mado, sólo tío salvado, corriendo, corriendo... Amigo
sultán, todos amigos buenos... No correr peligro, no,
italiano; ningún peligro.

—¡Muy bien! —dijo el contra maestre Pappione—.
Eres un gran muchacho. Es ya la segunda vez que me
salvas la vida.

Sadí, que parecía tener los diablos en el cuerpo,
había corrido hacia el sultán, postrándose ante él y em-
peñado una viva discusión. No cabía duda que el buen
muchacho peroraba a favor de su amigo el buen con-
tra maestre Pappione, porque el sultán, después de ha-
berlo escuchado atentamente, hizo señas al marinero
de que se acercara.

—Tú —le dijo— perteneces a una nación que es
amiga de los negros y desde este momento eres amigo

mío. Toda vez que quieres volver a tu país te daré un
barco tripulado por gente mía, que te conducirán a la
costa árabe. Júrame, sin embargo, que cuando hayas
regresado entre los tuyos me mandarás una carga de
estas exquisitas botellas, de las que ahora no sabría
prescindir, y te haré un buen regalo.

—Te prometo todo lo que quieras —contestó el
contra maestre Pappione—, ¿y el morito, se quedará
contigo?

—No; quiere volver al país de los italianos; te lo
dejo para que lo regales al hombre blanco que fabrica
el buen licor.

—Veremos si el señor Vaccasi lo quiere —murm-
ró el contra maestre Pappione algo preocupado—. En
caso de rechazarlo, me lo quedará yo. ¡Es tan simpáti-
co y tan inteligente! Haré de él un excelente marinero.

La noche misma llegaba un hermoso barco que el
sultán había mandado venir exprofeso de Handah para
que condujeran al marinero a Aden, que era el puerto
más inmediato. Por orden del reye-
zuelo, el barco había sido cargado de
todo lo que Dios ha criado para
demostrar su amistad al hombre
blanco.

Quiso hacer algo más. En el mo-
mento en que el contra maestre Pap-
pione y Sadí se embarcaban, entre-
gó al primero una bolsa bastante llena,
diciéndole:

—Va llena de polvo de oro y te la
doy para que me mandes otras bote-
llas. ¡Y ahora, vete con Dios!

Cinco días más tarde el contra-
maestre y el negro desembarcaban
a Aden, en donde tomaban pasaje en
seguida para Italia.

El contra maestre Pappione man-
tuvo escrupulosamente su promesa.
El morito fué entregado a su paisa-
no, que mandó al sultán una buena

carga de *Salud*, *Falliano* y *Crema de Chocolate*, ha-
ciendo incluso un excelente negocio.

Actualmente el contra maestre Pappione ya no na-
vega, y con frecuencia visita a su paisano Vaccasi para
beber en su compañía unas copas de *Salud* en agrade-
cimiento a aquellas botellas que le salvaron tan mila-
rosamente de la esclavitud y quizá también de la
muerte.

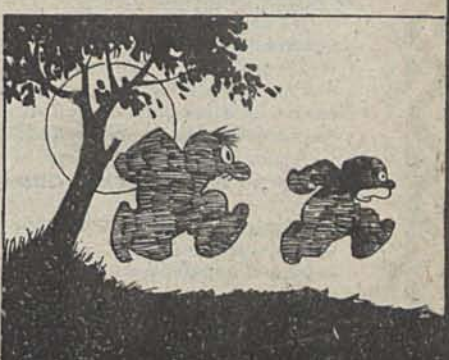
Sadí-Omar es ahora un jovencito feliz y contento
de su nuevo estado; el buen señor que lo recibió en su
casa quiso que su imagen esbelta fuese impresa como
marca de fábrica en sus productos exquisitos, y allí está
el morito como diciendo:

«Italianos queridos: estoy entre vosotros por el
mérito y bondad de estos licores; bebedlos siempre, y
recordando mi juventud aventurera, no olvidéis a Sadí,
hoy llamado por todos *El moro de Vaccasi*.»





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación)

El hombre buscado fué sorprendido en la misma situación de su compadre el botero, con la diferencia de que el fonducho era una taberna, y el licor, el temible veneno llamado ginebra.

Chicottry, con unas cuantas amenazas y no pocas promesas, logró que a aquel pillastre se le desatase la lengua.

—Sea franco, amigo —le dijo con aquel tono de sarcástica bondad propia de los policas acostumbrados a emplear la astucia y a prometer cosas que a veces no pueden cumplir—. Sea usted franco y sincero, y yo le prometo mi protección...

—¿Qué es lo que quiere usted? —contestó el infeliz, un poco más tranquilo.

—Unas noticias.

—¡Bueno!... Estoy a su disposición.

—Perfectamente. ¿Esta mañana ha hecho usted un buen negocio, verdad?

—Sea.

Ea, cuénteme lo que ha pasado.

—Pronto está contado. He llevado a la estación a tres señores y una señorita.

—¿Procedentes del *Federiks*?

—Así es.

—Transportados en un bote de vuestro compadre John River, apellidado el *Zurdo*.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sé y basta. ¿No es cierto?

—Es cierto.

—¿Tenían mucha prisa?

—¿Los cuatro viajeros?

—Sí, hombre, sí...

—Muchísima; querían tomar el tren que sale a las cinco y media.

—¿Han llegado a tiempo?

—Pues, claro. Mis caballos corren más que el viento.

—¿Sabe usted dónde han marchado?

—Lo sé perfectamente.

—¿Sí?

—Sí.

—Dígame, entonces.

—Han marchado a San Francisco de California:

—¡Vive Dios y que astuto es usted? ¿Cómo se las ha arreglado para enterarse?

—De un modo muy sencillo. Esta mañana, de madrugada, hacía mucho frío.

—¿Y qué?

—Para calentarme he entrado un momento en la estación, me he acercado a una estufa y he oído.

—¿Qué es lo que a oído usted?

—A uno de aquellos señores, el que me había pagado, encargar en tono impaciente cuatro billetes para San Francisco.

—¿Amigo mío, es verdad lo que me cuenta?

—¡Vaya si lo es!

—¿No le han dado dinero para contarnos todo esto?

—Le juro...

—¡Basta! —exclamaron los polizontes americanos cogien-

do al cochero de los brazos—. Peor para ti si has mentido; quedas arrestado hasta el día en que estemos seguros de que no has intentado engañar a la justicia. Ea, andando a la cárcel.

Y llevándolo entre los dos se marcharon a la calle.

Chicottry se quedó solo con sus amigos.

—¿Han comprendido ahora porque era preciso que interrogase a ese poble diablo? —dijo sonriendo—. Quería tener la seguridad de que no marchábamos sobre una falsa pista en nuestras futuras operaciones.

—¿Y ahora qué la tiene?

—Ahora empiezo a confiar en que Dios abandona por completo a aquel miserable de Rodolfo de Barenval, toda vez que el muy bribón, por vergüenza de su maldad, ha cometido la imprudencia de seguir el itinerario trazado, cuando un hábil delincuente, en su puesto, al ver que impedirían desembarcar al pasaje del *Federiks*, habría comprendido que había sido descubierto, y por lo tanto se hubiese preocupado de modificar todo su plan de fuga. ¡Señor almirante, mi teniente, amigo Sudharah, tengamos fe y esperemos!

Los tres, animados por aquellas palabras, desarrugaron el entrecejo, a semejanza de un cielo tempestuoso sobre el cual brilla de improviso un hermoso rayo de sol, surgiendo de entre las nubes resquebrajadas y fugitivas.

—¿Tiene usted un nuevo proyecto? —le preguntó Wilson.

—Sí.

—¿Seguro?

—Así lo creo.

—Expóngalo.

—Es el siguiente, y creo que el único posible en nuestro caso.

—Diga.

—Haré que la policía de Nueva York telegrafe a todas las estaciones en las cuales se para el tren del Pacífico, ordenando detener y mantener bajo la más estrecha vigilancia a los viajeros cuyas señas correspondan a las cuatro personas que perseguimos...

—¡Diablo!

—La captura, en tales condiciones, es relativamente fácil, pues sin necesidad de registrar todo el enorme convoy, que ocasionaría una gran pérdida de tiempo y una tempestad de reclamaciones y juramentos, aquí en donde tanto se proclama que *el tiempo es dinero*, bastará que unos cuantos policas hábiles, provistos de las señas de los perseguidos, se coloquen a la salida de las estaciones, observando atentamente a los viajeros que bajan del tren y...

El almirante, el teniente y Sudharah dieron señales de vivo asentimiento.

Chicottry satisfecho de aquella aprobación, prosiguió diciendo:

—Aun en el supuesto de que Barenval sea tan afortunado que logre eludir la perspicacia de mis colegas americanos y se escape mediante algún disfraz, siempre habremos logrado rescatar a la señorita Campbell, a su padre y coger

al misterioso señor Jones, que seguramente es el cómplice del evadido de Nou.

Wilson y el teniente, convencidos de la fuerza de aquellos razonamientos, estrecharon efusivamente la mano al inteligente policía francés, que experimentó una verdadera satisfacción.

El *arung* Sudharah quedóse, no obstante, taciturno y con el entrecejo fruncido.

Temía que se le escapase la presa acosada.

Mientras el almirante, junto con el joven oficial y el malayo se dirigían a una fonda, Chicottry corría a poner en ejecución su proyecto.

Unos días más tarde, Chicottry entró con el rostro radiante en el hotel donde habían plantado sus reales los tres amigos, gritándoles, al ver que corrían a su encuentro, mientras agitaba un papel, a modo de victoriosa bandera.

—¡En la trampa los cuatro! ¡los cuatro!

Hubo una explosión de alegría, que sólo se calmó ante el deseo de leer el papel que el agente tenía en la mano.

Era un telegrama procedente de Sacramento, ciudad importante de California, distante ciento veinte millas de San Francisco.

Wilson lo cogió y leyó en voz alta:

Oficina Central de Policía

Nueva York

»Cuatro viajeros cuyas señas coinciden con las enviadas, han sido detenidos hoy. Esperamos instrucciones».

El telegrama llevaba la fecha del 31 de octubre.

—¡Por fin! —exclamó Wilson, con un relámpago de alegría en los ojos.

—¡Partamos! —gritó Cipriano, atusándose el bigote, como si tuviese que presentarse antes de unos minutos delante de su prometida.

El malayo se contentó con desarrugar un poco el entrecejo.

Chicottry cruzó majestuosamente los brazos sobre su pecho y miró fijamente a sus tres amigos, diciendo:

—Claro que partimos, pero no en seguida; ante todo, porque no hay tren que salga en seguida, y además porque quedan algunas cosas que hacer; pero dentro de siete horas, o sea esta noche a las ocho, estaremos de viaje. Mientras tanto, sentémonos a la mesa, porque me figuro que esta agradable noticia nos habrá devuelto el apetito que hace quince días habíamos perdido.

La proposición fué acogida alegremente.

Pero antes el teniente Bonnet quiso que fuese expedido, en nombre suyo, un telegrama a su querida Maud, dirigido a la policía de Sacramento, para tranquilizarla y consolarla por aquella contrariedad, que debía de resultarle inexplicable.

El cual fué llevado a Telégrafos en seguida por un mozo del hotel.

Con sorpresa de todos no llegó respuesta alguna de Sacramento en toda la noche.

¿A qué se debía tal silencio?

¿Habían prohibido a la querida Maud contestar al saludo afectuoso de su prometido?

Cipriano se puso pensativo y la idea de haber sido olvidado le angustió.

A las siete, mientras los cuatro amigos se preparaban para marchar a la estación, llegó un nuevo telegrama fechado aquel mismo día en San Francisco y con una diferencia de seis horas del primero que decía:

Oficina Central de Policía

Nueva York

»Hoy han sido detenidas en la estación cinco personas con las señas descritas. Esperamos instrucciones».

Resulta tan difícil describir el estupor producido por aquella noticia, que renunciamos a ello, dejando a la inteligencia de los lectores que se la imaginen.

—¡Vive Dios! —gritó Chicottry, perdiendo la cabeza.

—¡Malditos sean! —exclamó el almirante.

—¿Pero qué significa todo esto? —preguntó el teniente.

El malayo contentóse con emitir un sonido que se parecía mucho a un gruñido.

El primero en recobrar la sangre fría fué el policía; un rostro que se había puesto sombrío, volvió de pronto a la serenidad con una alegre sonrisa.

—¡Es sencillísimo! —explicó—. Por no equivocarse mis colegas de California han detenido a todas las personas que tienen alguna semejanza con aquellas cuyas señas he enviado.

Callóse, quedándose un momento pensativo, y en seguida se irguió como si acabase de tomar una decisión.

—En América —dijo— no se hacen las cosas a medias, y me parece que entre las nueve personas detenidas estarán aquellas que buscamos. Al tren, señores; si la victoria no nos espera en Sacramento, quiere decir que la alcanzaremos en San Francisco. ¡En marcha!

Una hora después, los cuatro valerosos e incansables cazadores de reses humanas abandonaban Nueva York a toda máquina, gritando más con el corazón que con los labios:

¡Guerra a muerte!

III

Un viaje a través de los Estados Unidos.—Admiraciones del señor Touchet.—Bisontes y Pielas rojas.—De que modo los hechos desmintieron a sir Baker.—El espantoso túnel.—¡Pielas rojas... blancos!—Chicottry y sus amigos obligados, a pesar suyo, a pasar de sorpresa en sorpresa.

Maud Campbell, el señor Touchet, Guillermo Jones y sir Jorge Baker, que hemos dejado viajando hacia la capital de California, aquella reina del Pacífico que el último terremoto y el terrible incendio que le siguió han transformado casi en un montón de ruinas, proseguían su veloz marcha a través de los Estados Unidos, comiendo y durmiendo en el tren.

Sir Baker resultaba un compañero de viaje muy agradable.

Era de humor alegre, atento, hablaba bien y con gran facilidad de un número variadísimo de cosas, sirviéndose lo mismo del francés que del inglés.

De cuando en cuando interrumpía una conversación para hacer admirar a sus amigos un paisaje, una dilatadísima pradera, la azul tranquilidad de un lago, el espectáculo de una cadena de montañas perdiéndose hasta el horizonte con centenares de cimas nitidas, altísimas, cubiertas por completo de nieve.

Y nombraba con igual rapidez las ciudades y pueblos, los ríos y las sierras, que parecían huir de sus ojos cual paisaje de ensueño.

Y de cada lugar daba mil noticias detalladas, relataba alguna interesante anécdota, como si hubiese hecho de todo ello un estudio particular.

El señor Touchet estaba entusiasmado de veras.

—¡Qué hombre! ¡qué hombre! —murmuraba—. ¡Es un hombre riquísimo y sabe de todo!

Habían rebasado Omaha City y se internaban rápidamente por el estado de Wyoming, por el abrupto territorio

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



D

ESPUES DE SALIR DE LA CAVERNA LOS TRES AMIGOS VAN ERRANTES POR LA MONTANA, Y MIENTRAS TIO BIM HABIENDO HALLADO LA CARTA DE POLITO DECIDE IR CAVERNA ADELANTE EN BUSCA DE LOS AVENTUREROS.

SIBREY SMITH



CUENTOS DE CALLEJA

LA HERENCIA

Castillo



En el siglo XIV vivía en Nájera una familia muy pobre, compuesta del padre, la madre y un hijo, mozo apuesto y garrido, más aficionado al manejo de la espada que a remover la tierra con la azada y el arado. Cuando cumplió Lope, que así se llamaba el hijo, sus quince años, quedóse huérfano de padre y madre, dejándole éstos por toda herencia una mala casa de adobes, un prado, algunas pocas monedas de oro y un clavo negro y grande que sobresalía en la pared de la habitación en que dormía el padre.

Cuando éste murió, habló a su hijo de esta manera:

—Hijo mío, siento no dejarte una fortuna; los tiempos están malos, y en vez de aumentar la herencia que recibí de mi padre, te la entrego mermada, bien contra mi voluntad. Voy, sin embargo, a hacerte la misma recomendación que mi padre me hizo en su lecho de muerte: «¿Ves ese clavo que sobresale de la pared? Pues si alguna vez tuvieras que vender esta casa, no lo abandones, y, antes de dejarla, arráncalo de donde está y llévate, pues tal es la voluntad de nuestros antecesores.»

Dicho esto, murió el padre, compartiendo sus miradas entre un Cristo y el clavo simbólico de la familia.

Lope era un joven altivo; labrador sin labranza, habría de ser criado de labor, y esto repugnaba a sus inclinaciones, que le llevaban a ser soldado; pero su espíritu de independencia admiraba más al jefe que mandaba que al soldado que obedecía.

Sin embargo, se decidió por servir en el ejército, y entró de soldado en unos tercios famosos por el valor intrépido que demostraban en los más empeñados en-

cuentros. El capitán, don Nuño de Santiponce, recibió satisfecho a Lope al ver su buena talla y su arrogante aspecto.

A la mañana siguiente, apenas el alegre toque de diana había despertado a la gente, llegó un jinete a todo galope, comunicó una orden, y cinco minutos después el redoble del tambor anunciaba que muy en breve iba a comenzarse la lucha. Lope cargó su arcabuz hasta la boca, encendió la mecha y se dispuso a combatir.

El enemigo era fuerte y además ocupaba magníficas posiciones, y recibió a los nuestros con un fuego terrible. Los bravos soldados caían por docenas ante las balas enemigas; pero el movimiento de avance continuaba, y las fuerzas españolas llegaron a pocos metros de la trinchera. Un último esfuerzo, y Lope con un alférez y varios soldados coronaron la posición enemiga.

En aquel instante una bala derribó al alférez, herido en una pierna, y los sol-

dados iban a retroceder, cuando Lope, al grito de «¡Viva España!», se lanzó sobre el enemigo.

Su ejemplo animó a los demás, y después de una lucha sangrienta, el pabellón de Castilla ondeaba en el baluarte.

El mismo Lope llevó en sus brazos al alférez adonde estaba el cirujano, el cual le hizo inmediatamente la primera cura.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que hizo el herido fué preguntar por su salvador, y, al acercarse Lope, le tendió la mano, diciéndole:

—Eres un valiente; te debo la vida y quedo obligado contigo para siempre.





El maestre de campo se acercó al grupo de los dos amigos, y en nombre del Rey hizo alférez a Lope y otorgó una recompensa al herido.

Diéronse después otras batallas, en las cuales Lope demostró su bravura; mas terminó la guerra, licenciaron el tercio y tuvo que volver a su casa cargado de laureles, pero sin un céntimo.

Por el camino, como entonces no había ferrocarril, tuvo que marchar en el coche de San Fernando, unos ratos a pie y otros andando. De posada en posada, de pueblo en pueblo, fué nuestro Lope hasta el suyo, y en él se encontró sin saber qué partido tomar para ganarse la vida.

En estas vacilaciones llegó un día en que se quedó sin cenar, y decidióse a vender el prado, y luego la casa, cuna de toda su familia y que su padre le encargó que conservara.

Antes de decidirse a venderla estuvo arreglando las cuentas consigo mismo, y la noche que precedió al día en que había de cerrar el trato la pasó en vela, poseído de una gran inquietud.

Una de las muchas veces que miró el clavo venerable de sus antepasados le pareció que lanzaba reflejos dorados, y creyó ver que centelleaba ante sus ojos.

Se aproximó a él, y un desasosiego particular se apoderó de su espíritu.

¿Qué representará este clavo —se preguntaba— en la historia de mi familia? ¿Tendrá alguna inscripción

cabalística que encierre saludables consejos, o será de un valor tal que importe una fortuna su posesión? Bien puede ser que este clavo tenga su historia cuidadosamente guardada entre los muchos y viejos papeles de mis ascendientes.

Por cierto, mi padre no era muy afi-

cionado a investigaciones y no habrá pensado que esto pueda tener su explicación en algún documento. Busquemos, pues, y veamos si la curiosidad puede quedar satisfecha.

Y empezó a revolver trastos y papeles sin resultado alguno: la historia del clavo no parecía.

Buscando descanso, se tendió en el lecho, pero no pudo conciliar el sueño.

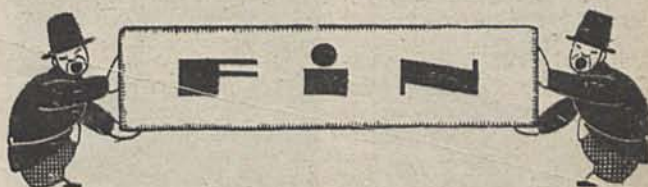
Al cabo, pudiendo más que sus preocupaciones las necesidades de su estómago, ya de madrugada se decidió a vender la casa de sus padres; pero antes quiso cumplir las condiciones que le impuso éste antes de expirar.

Fuése al clavo, le asió y comenzó a agitarle fuertemente. Cansado por la resistencia del clavo, tiró hacia sí con fuerza; de repente saltó un trozo enorme de tierra, y, ¡oh, maravilla!, por el hueco que quedó comenzó a manar un enorme chorro de monedas; el hueco aquél parecía un tonel cuya espita estaba abierta.

Lope retrocedió admirado.

Algunos años después, Lope, en compañía de una tropa de valientes, contratados por él, asistió a la batalla de Nájera.

Con el tesoro encontrado realizó el sueño de toda su vida armando a su costa una compañía, de la que fué digno capitán, ocupándose toda la vida en defender a su patria en toda clase de necesidades.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué estás haciendo hoy, curioso Chonón?

—Aquí me tienes ensimismado observando esta flor, amigo buho. Todos los días, cuando el sol se pone, he apreciado en ella el mismo fenómeno. Durante el día se mantiene erguida, su tallo conserva gran rigidez, los pétalos permanecen abiertos. En cambio, en cuanto llegan las primeras sombras de la tarde, el tallo se pone flácido, la flor se inclina y sus pétalos se enrollan en actitud de recogimiento. Me da la misma sensación que si la flor se entregase al sueño. ¿No te reírás si te pregunto si duermen las flores?

—¡Qué he de reírme, querido Chonón! La pregunta que ha sugerido tu instinto observador es una pregunta muy acertada. Cualquiera que observe las flores notará el mismo fenómeno que tú has notado y sacará la misma conclusión. Las flores duermen como dormimos nosotros, como duermen los seres irracionales, como duerme todo lo que tiene vida propia. El sueño es el descanso reparador que vigoriza las energías necesarias para vivir. Sin el sueño, la vida no sería posible; por muy fuerte y vigoroso que fuese el individuo de cualquier especie viviente, caería rendido y sucumbiría si su organismo tuviese que trabajar sin el descanso reparador del sueño. Las flores, tú sabes que viven, que se alimentan, que respiran, que crecen, que se reproducen lo mismo que cualquier ser del reino animal, y por esto necesitan también del descanso del sueño.

—Entonces, he observado muy bien. Me tranquiliza saber que no te he preguntado ninguna tontería. Y una vez que ya sé que las flores duermen, te haré otra pregunta: ¿duermen también de noche, como nosotros?

—Las flores, es decir, las plantas en general, duermen cuando deben dormir.

—No te comprendo.

—Es que el hombre duerme no siempre cuando debe, sino cuando puede. Parece que el tiempo más indicado para dormir es la noche; pero ya sabes que hay muchos que por tener que realizar su trabajo por la noche tienen que dormir durante el día, y por esto el sueño no deja de ser tan beneficioso y reparador como el nocturno.

—Pero la generalidad dormimos de noche. Los negocios y toda la actividad de la vida humana tienen su mayor empuje por el día, y además, la luz, la alegría del sol, el ambiente. La noche es siempre más triste que el día. La oscuridad lo envuelve todo, y yo creo que la noche se ha hecho para dormir y el día para trabajar.

—Estoy conforme contigo en lo que respecta a nosotros; pero, en cambio, no te darán la razón muchísimos seres del reino animal que duermen de día y trabajan de noche. Cada ser, en la Naturaleza, tiene que ajustarse a las condiciones exigidas por el fin para que fué creado. ¿Tú no sabes que son muchos los insectos que trabajan por la noche?

—Sí que lo sé; porque los he visto. Murciélagos, mariposas, gusanos y muchos más que no recuerdo en el momento sé que hacen su vida de noche y se pasan el día durmiendo en sus viviendas.

—Pues habiendo insectos que trabajan por la noche, tiene también que haber plantas que atiendan y alimenten a estos insectos. Y estas plantas permanecen despiertas. Son como tiendecitas a

donde los insectos acuden por la noche a hacer sus provisiones de boca. A cambio de esta cesión de alimentos, reciben las flores, por medio de los insectos, el polen proliero que ha de crear nuevas plantas y nuevas florecillas.

—¿Qué es eso del polen, amigo buho?

—El polen es un polvillo muy fino que las flores guardan entre sus pétalos. Cuando llega a ellas una mariposa u otro cualquier insecto en busca del dulce y nutritivo néctar, tiene que posarse entre los pétalos y apretarse bien contra ellos, porque el sabroso líquido lo tiene la flor muy escondido. El roce de este esfuerzo hace que entre los diminutos pelillos de las alas o del cuerpo de los insectos quede adherido el polen de la flor. El insecto sigue viajando en busca del delicioso néctar, e insensiblemente va dejando, de flor en flor, ese polvillo, que semeja purpurina, y que es el germen de vida de nuevas flores. Ya ves, querido Chonón, cómo las plantas no podrían vivir sin insectos, ni los insectos sin plantas.

—Y nosotros, ¿necesitamos también a las plantas?

—Ya lo creo. Las necesitamos como elemento indispensable de vida. Y precisamente en esta necesidad está también explicada la función del sueño vegetal.

—Vamos a ver por qué.

—Tú sabes que las plantas respiran ácido carbónico y despiden oxígeno.

—Lo sé. Y además no se me ha olvidado que nosotros hacemos todo lo contrario. Esto es, que respiramos oxígeno y exhalamos ácido carbónico.

—Pues de aquí deducirás que las plantas nos suministran el material indispensable para nuestra vida: el oxígeno.

—Y también nosotros les proporcionamos el material que ellas necesitan para vivir: el ácido carbónico.

—Nadie lo duda. Pues bien; esta función respiratoria de las plantas se efectúa de un modo desigual, pues la generalidad de ellas se dedican durante el día a almacenar ácido carbónico, lo que supone un esfuerzo de trabajo, y por la noche, mientras su organismo descansa, despiden el oxígeno. Durante el sueño la planta no absorbe ácido carbónico. Por eso es muy peligroso para el hombre dormir por la noche en sitio donde haya muchas flores, porque la gran cantidad de oxígeno que éstas exhalan pueden determinar la asfixia.

—Me alegro saberlo, porque esta maceta, donde ha nacido y vive esta florecilla, la tengo en mi cuarto, y allí se pasa el día y la noche. Mira tú por dónde he estado a punto de asfixiarme.

—No seas exagerado, Chonón. Una flor no puede causarte el menor daño. Te he dicho que el peligro está en dormir junto a muchas flores. En cambio, es peligroso para la flor dormir en tu habitación. Le robas el oxígeno a la planta, y acabará por marchitarse y morir. Las macetas deben dejarse en el balcón. Ese es su sitio.

—Pues ahora mismo voy a llevarla. Espera un momento.

—No puedo esperar porque es tarde. Ya charlaremos más otro día.

—Como tú quieras. Adiós, querido buho.

—Adiós, mi buen Chonón.



Isidro García.



Ignacio Alfaro Arregui.
Burgos.



Rafael Narbona.
Córdoba.



Rafael Tuñón Antolínez.
Baeza (Jaén).

COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

UNA CUEVA DE GITANOS

A Mary, Ricardo, Josele, Rafa y
Jesusin de Anasagasti.—Madrid.

Mis queridísimos nenes: Os escribo desde Granada. Son las siete y media de la mañana. Todavía estaréis en la cama. Pronto os llamará mamá, y saldréis para el colegio.

Cuando termine de escribiros, saldré a una porción de menesteres que me aguardan, y visitaré a la monjita, la hermana del señor Peinado, el contratista de las obras de la Real Capilla. Es aquella que os mandó dos cajas de dulces, hechos por ella; aquella que os hizo la palomita y la pandera tan graciosas, y que también para mamá está confeccionando no sé qué obsequio.

Después, a las diez, saldré en «auto» — dos horas de camino — para el castillo «La Calahorra» y el pueblo de Guadix.

Hace un día hermoso, primaveral. A los árboles no se les han caído todavía las hojas. Os gustaría, aunque sois muy «pochosos», estar aquí conmigo, en Granada.

Ayer me llevaron unos amigos en «auto» por las afueras. (Ya sabéis que yo no tengo ni un mal cacharro para que lo guiéis vosotros, en vez de servirlos de los platos como si fuesen volantes.)

Junto a la carretera vimos una cueva de gitanos. ¡No os asustéis! Un agujero hecho en el monte. A la puerta del mismo estaba jugando un niño pequeñín, como Jesusito, muy rico, con el pelito rizado; y no lejos de él se hallaba un borriquito: un borriquito muy liso, como suelen ser los de los gitanos, y que casi no comen, pues se alimentan más de los palos que les dan que de pienso. Se detuvo el «auto», y miramos por el agujero de la cueva.

Era muy pequeña, del tamaño del cuarto de baño; y allí tenían la cocina, hecha con unas piedras, en el suelo. Y no sólo la cocina. Allí, en tan poco espacio, tenían todo, todo menos el retrete, que era la cuneta de la carretera. La cueva era, pues, comedor, sala, pasillo, alcobas, despacho, recibimiento y cuarto de costura; todo en una pieza.

Dentro se encontraban los gitanos; el papá, la mamá y otros cuatro niños, muy pequeñitos y muy sucios. Eran, pues, cinco los niños, como vosotros; pero tan chiquirritines, que podían caber los cinco en una sombrerera. Se me olvidaba deciros que dentro de la cueva estaba también la cuadra del borriquito.

Todos los niños eran muy guapos; más que morenos, negros, y con unos ojos muy brillantes; como si Sole los hubiese frotado en ellos con el cepillo de las botas. De haber estado limpios, me hubieran parecido más guapos.

Estaban descalzitos y casi desnuditos: como vosotros cuando saltáis de la cama sin esperar a que mamá os vista.

El pequeñín, el más pequeñín, cuando nos vio llegar, se metió asustadito, a todo correr, dentro de la cueva. Los otros, cuando se dieron cuenta de que no éramos guardias ni agentes de policía — que son los mayores enemigos de los gitanos —, sacaron las cabecitas, asomándose por el agujero de la cueva. Y miraban al «auto». Uno, el que parecía mayorcito, gritó: «¡Es un Fiat, un Fiat!...» Y peleó con otro que dijo que era un Ford.

Como están viviendo junto a la carretera, lo mismo que otros niños de la Castellana, que conocéis vosotros, distinguen las marcas por sus nombres. Pero os ganan a vosotros; porque, además, conocen otras marcas: las de los burros; y saben cuáles son sabios y cuáles tontos.

En la cueva no había camas, ni mesas, ni armarios, ni sillas. Sólo había un pedazo de esterilla rota, desechada de alguna casa, y unas piedras, que, probablemente, serían los asientos, y acaso

las almohadas. En el suelo no había madera, ni mármol, ni baldosas, ni linoleum, sino tierra húmeda; y hacia de puerta de entrada a la cueva un trozo de tela de arpillera agujereada, y que no alcanzaba a tapar el hueco. Así, que desde fuera se les puede ver a todos sin levantar el trapo. Cuando se tumban en el suelo, ¿qué os parece a vosotros? ¿Se pelearán aquellos niños por coger un pedazo de alfombra?



¿Serán tan revoltosos y desobedientes como otros? ¿Qué harán aquellos niños de noche, a oscuras, sin luz eléctrica ni gas? Como yo allí no vi nada de esto, ni lámparas, ni velas, pienso que la única iluminación de que dispondrán será la lumbrera del cigarro que fume el papá cuando no le faltan las colillas. En el momento en que nosotros nos apeamos del coche para ver la cueva, el papá se hallaba, muy satisfecho, pelando un pollo, y la mamá preparaba la cocina con unos sarmientos. Los chiquillos la rodeaban, discutiendo quién se comería las patas, quién las alas, quién la pechuga y quién los huevecitos o el bocado de la reina. Casi peleaban como vosotros. Pero, desde ahora que os cuento esto, ya sé que no os pelearéis como los gitanillos, ¿verdad?

— ¡Qué bien vivís! — les dijo Seco de Lucena, nuestro amigo. ¿Habréis robado el pollo, verdad? ¡Tened cuidado; que si lo sabe la Guardia civil!...

— No, zeño; nos lo ha dao la zeña que vive allá abajo. Es un poyo que tenía una enfermea y que la diño — contestó el papá gitano.

— No deis eso a los niños, que se pueden enfermar, ni lo comáis vosotros, que os puede dar unas fiebres, el tifus... ¡Tira ese pollo! ¿No lo ves que está negro y que vas a matar a tu mujer y a tus chicos? — le dijo Lucena.

Y entonces el padre agarró el pollo, y con todas sus fuerzas lo arrojó lejos, al barranco de enfrente.

Los niños trataron de echar a correr a cogerlo. El uno pensaría en la pechuga; el otro, en los huevecitos y en el bocado de la reina que esperaban comer; y se quedaron muy tristes. Cuando vieron que no se les dejaba ir a por él, lloraron con mucha pena. ¿Qué cenarían aquella noche?... Nosotros también nos quedamos tristes viendo llorar a los chicos; como os pasaría a vosotros, que sois buenos. No tenían juguetes, ni zapatos, ni hucha, ni patiné, ni bicicleta, ni caja de pinturas, ni cine, ni pollo para cenar, ni papá con dinero, ni abuela, ni padrinos, ni tío Pepe.

Yo les di dos pesetas; otros señores, más dinero; y se quedaron más contentos. Y yo les dije que el dinero que les daba lo sacaría de vuestras huchas.

¿Os parece bien? Montó el padre en el borriquito con las diez pesetas que recaudó. Y se fué, trotando, a Granada a comprar la cena antes de que cerrasen las tiendas, pues los chicos estaban desfallecidos de hambre y no podían esperar más. Eran tan impacientes como vosotros, cuando, de vuelta del colegio y aunque os grite mamá, os ponéis a morder las libretas.

Cuando vengáis a Granada — que yo os prometo traer en vacaciones, siempre que seáis buenos y obedientes — os gustará mucho esta gran ciudad: veréis la tumba de los Reyes Católicos, cuyo cuidado corre a mi cargo.

Mary, que sabe mucha Historia, os puede contar quiénes fueron y lo que hicieron esos famosos reyes; cómo le dieron dinero a Colón para ir a descubrir la América; cómo conquistaron Granada y echaron a los moros, después de pelear con ellos.

Veréis la Alhambra, palacio real de los moros, que os gustará mucho; y allí leeréis algún cuento.

Y visitaréis también la cueva de los gitanos — que, con lo que os he contado, ya no os dará miedo; como el que pasó un día Rafa, siendo un chiquitillo, que subió a casa temblando porque le había mirado una gitana en el paseo —, y preguntaréis a los niños gitanos si es verdad lo que os digo, así como las marcas de los burros. Pero tendréis que sacar unas perras de vuestras huchas y traerles algunos juguetes, unos cuantos zapatitos y ropitas; y ya veréis cómo se pondrán de contentos, que bailarán la rumba y fandanguillos para que los aprendáis. Que seáis buenos, que no desesperéis a mamá y que no dejéis de ir al colegio para no ser como los niños de los gitanos.

Muchos besos de vuestro papá, que os quiere a todos.

Granada.

TEODORO



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL GALLO SALVADO



Pasaron las Pascuas. Ya todo está tranquilo; se recogieron las figuras del nacimiento y las casitas en el gran cajón que está en la guardilla. Hemos reanudado nuestros estudios, y al carrito que nos trajeron los Reyes le hemos roto ya una rueda. Pero hay alguien que está más tranquilo y contento que nosotros: ¡El gallo! Este es el que está contento, porque picotea libremente en el corral al lado de sus hijitos, dos pollos lindísimos. Este feliz gallo está contento, ya lo habréis adivinado, porque se salvó de que lo guisaran con arroz. ¿Adónde están él y sus hijitos?

ASTRONOMÍA

DIBUJO CON ERRORES



Doña Laura no sólo comete indiscreciones; también se dedica a la Astronomía. El problema que plantea es el siguiente: Trazar tres líneas, de forma que cada línea una tres estrellas. Cada estrella no podrá ser tocada mas que por una línea

Seis son los errores que hay en el presente dibujo. Este dibujante nuestro cada día es más distraído, pues hay errores tan sencillos que no sé ni cómo se le escapan. En fin respetemos las flaquezas de nuestro prójimo. Uno de los errores, por ejemplo, es que el niño tiene en el vestido dos botones blancos y uno negro. ¿Cuáles son los otros cinco?



SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE MAYO

NÚMEROS 115, 116, 117, 118 Y 119

LA CABRITA



DON TURULATO ESTÁ DESCONSOLADO



LOS DOS PATITOS



DIBUJO CON ERRORES



LAS MONEDAS



LA VERBENA



1. Frontera de Méjico mal colocada.—2. Océano Pacífico en vez de Atlántico.—3. Océano Atlántico en vez de Pacífico.—4. Línea ecuatorial mal colocada.—5. Groelandia en vez de Islandia.—6. Falta colgador.—7. Pauta musical de cuatro líneas en vez de cinco.—8. Notas mal colocadas.—9. Eje descentrado.—10. Falta una pata.—11. Tijera no puede cerrarse.—12. Falta tintero.—13. Falta sitio para plumas.—14. Suma mal hecha; debe ser 1.145.—15. A las gafas les falta el puente.

La moneda superior de la derecha, que dice 56 a. de J. C. (antes de Jesucristo), es un disparate, pues aún no había venido Jesús a la Tierra.

La moneda inferior, también de la derecha, tiene otro error, pues en Inglaterra no le llamaron Jorge I, sino Jorge Rey.

1. Los botones de la americana al lado izquierdo.—2. Falta un rail al tren infantil.—3. Un aeroplano con las aletas al revés.—4. Banderas en distinta dirección.—5. Mano con cuatro dedos.—6. Falta una rueda al coche del tren infantil.

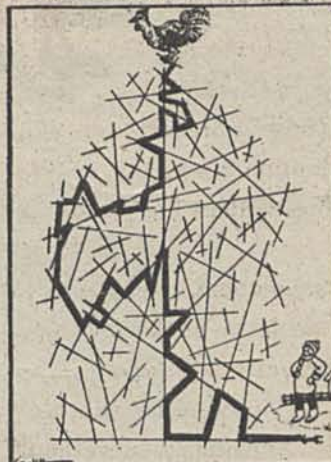
EL BALÓN



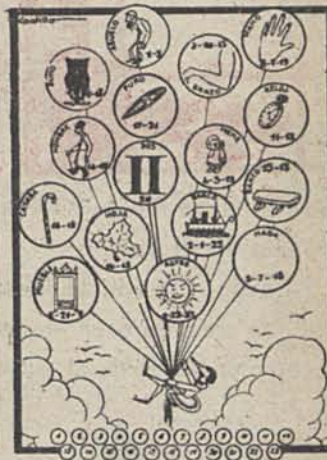
UN TESORO EN EL MAR



SE HA ESCAPADO UN GALLO

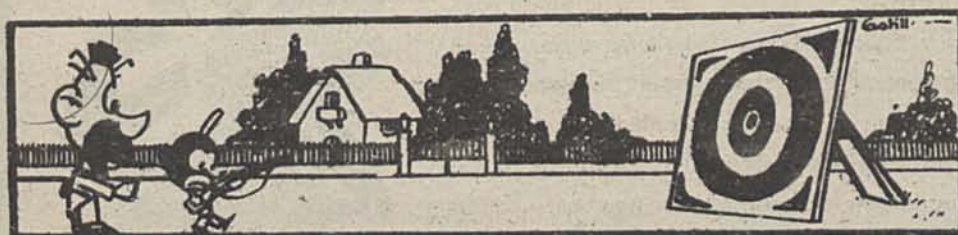


ROMPECABEZAS



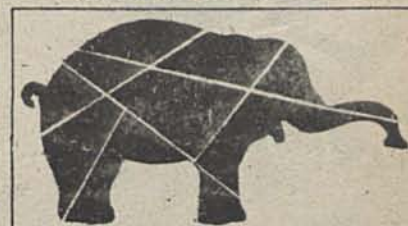
A buen hambre no hay pan duro.

EL TIRO AL BLANCO



No dieron en el blanco cuatro tiros.

FUEGO EN LA CASA DE FIERAS





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Un motivo florido. — ¿Verdad que es consolador, ahora en in-

vierno, ver flores, aunque sean pintadas, y tocar flores, aunque sean pintadas?

Por eso, he elegido, precisamente para este tiempo, el adjunto motivo florido.

Es tan delicado de composición, que, yo os aconsejo que elijáis para bordarlo tonos en armonía con su forma; es decir: tonos pálidos, tenues, esos tonos «pastel», que, además de ser adecuados al caso, están ahora muy de moda.

Mi motivo de flores nos ayudará a realizar, económicamente, combinando dos retalitos de tela, un precioso vestido para Rosita, la *baby* adorable, toda ella bonita, risueña y sonrosada como su nombre y como el adorno que le vamos a poner en su traje.

Este traje puede hacerse a voluntad en «toile» de lana, en crespón o en «toile» de seda; también puede hacerse en vuela de algodón; en este último caso, servirá ahora de delantal, y en verano,

de vestido fresco y airoso.

El color de la parte central será rosa, lila, marfil o azul «pastel»; los cuatro picos que forman el canesú y la franja de

abajo, de color opuesto; los lazos de los hombros, del mismo color que la parte del medio; las hojas del bordado serán siempre de color verde, y sus rositas, del mismo color que la tela del canesú y de la parte inferior.

Así, por ejemplo, si el vestido es rosa, la franja y el canesú serán azules; los lazos, rosa; azules, las rositas del bordado; verdes, las hojas.

Este motivo puede bordarse a punto de cruz, muy menudo, con algodón perlé, fino, o en seda lasa.

A lo mejor, no tenéis hermanita para quien confeccionar esta prenda deliciosa. ¡Qué lástima! Pero no por eso se ha de desaprovechar el modelo. Lo realizáis para vuestra muñeca, y en paz. Después de todo, no es mucha la diferencia que pueda haber entre una nena muy chiquitina y una muñeca muy grande. ¿Verdad?



Los dos motivos de bordado que os presento en esta página son muy a pro-

pósito para reproducirlos «al pasado», con grueso algodón perlé, sobre «toile» de hilo, en una mantelería, y para pañitos, sobres para la servilleta, etcétera., etc.

Los colores empleados para las frutas dependen del color de la tela; si la tela es gris, las frutas se bordarán en amarillo o en azul fuerte; si la tela es color crudo, se bordarán en rosa salmón o verde. Las hojas pueden hacerse siempre en negro, haciendo juego así con un grueso festón que orle la prenda.

